

El hombre, clave del desarrollo

Ana Gonzalo Castellanos

Jefe de Unidad de Coordinación Geográfica para el Mediterráneo. Comisión Europea, Bruselas.

1. AMAR AL MUNDO APASIONADAMENTE

La primera vez que supe que existía el Opus Dei fue cuando llegó a mis manos un libro titulado *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*. Lo primero que me llamó la atención fue el título de la homilía que sirve de epílogo a las entrevistas: *Amar al mundo apasionadamente*.

Acababa de decidir mi orientación profesional: quería ser geógrafo. Me parecía que la geografía enseña a entender el mundo para amarlo. Aquel título, amar al mundo apasionadamente, era lo que estaba buscando. Esa expresión, tan bella y tan profunda, era lo que había sentido como el ideal de mi vida. Y gracias al Beato Josemaría, lo que podía haber quedado en ideal de adolescencia sería el principio que guiaría mi vida profesional y personal. Tratar de hacerlo vida de mi vida y de mi trabajo será y es, gracias al Beato Josemaría la luz que me guía, le meta que deseo alcanzar.

Cuando tuve que elegir un trabajo concreto, mi objetivo era contribuir al bien de la sociedad para hacer lo que estuviera en mi mano, sin pretensiones pero sin regatear esfuerzos, para hacer este mundo más amado, más amable.

Fueron de nuevo las palabras del Beato Josemaría, palabras hechas vida en su vida y en su obra, las que guiaron mis opciones profesionales: «[...] ese saber realizar el propio oficio ha de estar informado por un rasgo que [...] debería ser fundamental en todo cristiano: el espíritu de servicio, el deseo de trabajar para contribuir al bien de los demás hombres»¹.

Y más en concreto, mis pasos profesionales se dirigieron a la cooperación al desarrollo guiados una vez más por el Beato Josemaría: «Los bienes de la tierra,

¹ *Es Cristo que pasa*, 51.

repartidos entre unos pocos; los bienes de la cultura, encerrados en cenáculos. Y, fuera, hambre de pan y de sabiduría, vidas humanas que son santas, porque vienen de Dios, tratadas como simples cosas. Comprendo y comparto esta impaciencia [...] que continúa invitándonos a que pongamos en práctica ese mandamiento nuevo del amor»².

Esa impaciencia, ese deseo, eran los míos. Sigo citando al Beato Josemaría: «Nos duelen entonces los sufrimientos, las miserias, [...] de los otros hombres nuestros hermanos. Y sentimos la urgencia de ayudarlos en sus necesidades [...]»³.

La Unión Europea me ofreció la oportunidad de hacer realidad esta aspiración y este deseo que el Beato Josemaría había metido en mi alma.

Amar al mundo apasionadamente es, en mi opinión, la primera clave del desarrollo: la semilla que le hace crecer, el principio que le da sentido.

2. SER FERMENTO DE UNIDAD: ASÍ NACIÓ Y CRECE EUROPA

Empecé a trabajar en la Unión Europea. Esta institución nació y se desarrolla bajo el signo de la unidad entre los pueblos y la aspiración a un mayor equilibrio en el reparto de las riquezas dentro de Europa, y entre Europa y el resto del mundo.

Los fundadores, los padres de la Unión Europea fueron grandes cristianos de visión amplia y profunda, que dotaron de medios concretos esta aspiración a la unidad. Robert Schuman, cuyo proceso de beatificación está abierto, dedicó su vida a la realización de este ideal. La bandera de la Unión Europea es el símbolo —deliberadamente buscado— de la corona de doce estrellas sobre el fondo azul del cielo.

Robert Schuman se había marcado como objetivo de su vida política, reconciliar el pueblo alemán con el francés. Estaba firmemente convencido de que valía la pena arriesgar incluso su carrera para conseguir la unidad de Europa, de que había llegado el momento de tender la mano —prudente pero amistosa— a Alemania, y así lo hizo. Y vió su sueño hecho realidad, convirtiéndose así en un artesano de concordia entre los dos países, y más tarde en el alma de la Europa unida.

Más allá de su vocación de hombre que busca el bien, Schuman era un hombre que sacaba la energía necesaria para su acción de una fuerza interior procedente de la práctica diaria de la oración. Su amigo Henri Eschbach le dirige una carta, después de la muerte de la madre de Robert Schuman, en estos términos: «harás mucho bien siendo laico, porque tengo la impresión de que los santos del futuro serán santos de traje y corbata».

² *Ibidem*, 111.

³ *Ibidem*, 146.

No me extrañó encontrar un cierto paralelismo entre la visión de Robert Schuman y la enseñanza del Beato Josemaría cuando afirmaba que había que fomentar la unidad: cada uno donde está, ha de procurar unir.

Cerca del edificio donde trabajo, hay un busto de Robert Schuman. A él encomiendo pequeños asuntos de mi trabajo diario. Y junto con el Beato Josemaría, muchas veces les pido que con mi trabajo haga el bien como los dos lo hicieron; cada uno a su manera, pero con una íntima convergencia que siento en mi propia persona, porque quiero vivir el espíritu del uno encontrándome físicamente, aunque es cierto que de forma mucho más modesta, en el lugar del otro.

La política de desarrollo de la Unión Europea persigue dos finalidades: contribuir a una mejor distribución de las riquezas —la propiamente llamada ayuda al desarrollo— y una segunda, a la que llamamos cooperación de interés mutuo, la que tiene como objetivo mejorar el conocimiento entre las personas y los pueblos. En cada país, en cada época, el acento se pone en una u otra parte del binomio. Por ejemplo, en el Líbano tras la guerra, se puso como es lógico en la ayuda al desarrollo: infraestructuras, administración pública, reconstrucción; buscando la estabilidad política, la paz y el restablecimiento de la unidad perdida, como bases del propio desarrollo.

En Palestina, la Unión Europea refuerza el trabajo relacionado con la educación y la protección social, la lucha contra la pobreza, el proceso de paz, fomentando el diálogo y las actividades conjuntas entre israelíes y palestinos.

Sin embargo, en Asia el acento se pone en la mejora del conocimiento mutuo, porque Europa y Asia no se conocen. Éste —el de fomentar el interés mutuo— es el segundo enfoque de la política de desarrollo. Bajo este interés mutuo, subyace una realidad que he podido comprobar con frecuencia: la existencia de un profundo desconocimiento entre unos pueblos y otros.

Es preciso conocerse mejor para mejorar la comprensión recíproca y, de esta forma, poder trabajar juntos. Ejemplos de proyectos de este tipo en los que he tenido ocasión de trabajar en su puesta en marcha, son una serie de Centros de Estudios Europeos en Pakistán, Vietnam, Filipinas y Tailandia.

Ambos enfoques no se contradicen, sino que se completan. En China, por ejemplo, hemos preparado proyectos de alfabetización en zonas pobríssimas del interior del país, junto con intercambios universitarios, proyectos de armonización de propiedad intelectual y apoyo a instituciones que trabajan en favor de los derechos humanos.

La unidad de Europa puede evocarse también para intentar fomentar la unidad entre los pueblos. Es cierto que la unidad de Europa está aún por consolidar, pero personalmente he procurado *predicar este modelo*, modelo inherente a la filosofía de la Unión Europea, y lo he aplicado a los proyectos de Oriente Medio y Asia que he preparado y seguido.

Recuerdo una vez que en el Líbano fui a una zona llamada *Chouf*, donde hace años habían expulsado a los cristianos, y muchos habían sido asesinados por sus vecinos. La Unión Europea financiaba un proyecto de cooperativas agrícolas. Me recibieron con gran pompa —televisión local, claro está— en el mejor edificio de la pequeña ciudad. Como corresponde al dualismo del Líbano, los dos alcaldes estaban presentes: el cristiano y el musulmán, cada uno vestido de forma diferente. Aproveché la ocasión para felicitarlos por haber aceptado compartir los medios materiales del proyecto —los tractores y otras máquinas— y les conté que hubo un tiempo en Europa en el que, cuando un francés veía a un alemán cambiaba de acera o escupía. Ahora, mis directores eran uno alemán y otro francés, y juntos construían una Europa que se sentía unida y fermento de unidad. Era una explicación sencilla, porque además debía ser traducida de forma consecutiva por los traductores locales, no demasiado “duchos” en idiomas europeos. Uno de los alcaldes me hizo la observación siguiente: usted nos habla de unidad, sin embargo nos llegan noticias de que en sus países se pelean por saber dónde se coloca una frontera lingüística. Creo que ese alcalde tenía razón y que nuestro modelo europeo sólo puede ser “trasladable”, si lo hacemos creíble nosotros los europeos, si predicamos con el ejemplo.

El amor al mundo y el fomento de la unidad se integran bien en los objetivos de la cooperación de la Unión Europea. Esta integración me llevaría, tras los primeros años de trabajo, de nuevo de la mano del Beato Josemaría, a descubrir otras claves del desarrollo. Una de ellas es la que expresa así: cada hombre es único e irrepetible.

3. CADA HOMBRE ES ÚNICO E IRREPETIBLE

Cada hombre es centro y objeto de la política del desarrollo.

En los viajes profesionales, he podido comprobar una unidad fundamental de valores: el hilo conductor es la naturaleza del hombre. Muchos y muy profundos valores son compartidos por pueblos muy diferentes: desde Malasia, pueblo musulmán hasta la médula; Indonesia, pueblo pluralista, o Filipinas, país cristiano. Desde los países ricos, como el Sultanato de Brunei, hasta los países pobres, como Pakistán, hay algo común que es el hombre. El respeto de la persona, el deseo profundamente arraigado de hacer el bien al otro es algo inherente al hombre. Mi experiencia de la común humanidad de personas de culturas tan diferentes me trae muchas veces a la mente la expresión del Beato Josemaría: «No hay más que una raza, la raza de los hijos de Dios»⁴.

⁴ *Surco*, 303.

El hombre y la ley natural es el hilo conductor de toda política y, especialmente, de la política de cooperación, a condición de mirar al hombre, a cada hombre. El problema estriba en que, a veces, al hombre se le ha despojado de su humanidad. Este parece ser el caso de los países en los que el comunismo ha dejado una huella honda, como China y Vietnam, en los que he tenido ocasión de preparar proyectos de cooperación. Lo anterior es resultado de 50 años de comunismo, donde el hombre no cuenta, sólo cuenta la colectividad; donde la vida privada no tiene valor porque está al servicio de intereses de partido; donde los hombres han olvidado que se pueden mirar a la cara, comprenderse y quererse.

En una provincia remota de China llamada Ganzú, me acompañó un grupo de autoridades provinciales durante unos días en los que preparaba un proyecto de construcción de 500 escuelas. A través de un intérprete —que, por cierto, nunca había oído hablar inglés a una extranjera y apenas me comprendía, porque había aprendido inglés con *cassettes* del *British Council*—, inicié unos temas de conversación más personales con la única mujer que formaba parte del grupo de autoridades. Al cabo de dos días, la señora me dijo —siempre a través del intérprete— que yo era la primera persona con la que había sentido una especie de amistad, un acercamiento personal que para ella era nuevo. Para demostrármelo, me regaló dos copitas de madera local diciéndome que, cuando bebiera, pensara en la amiga que pensaba en mí y que bebería en un réplica de las copitas. Añadió que ese sentimiento sólo podía venir de arriba, de Dios, porque la superaba. Sin dejar de sorprenderme la explicación de una mujer atea, creo que eso es humanidad.

Esta me ha parecido siempre otra clave de la cooperación, entre los pueblos y entre los hombres: pensar en el otro, lo que el Beato Josemaría llamaba el prejuicio psicológico de pensar en los demás⁵.

En otros países en los que he trabajado, como en Filipinas, he constatado este principio hecho vida. Cuando la gente me saludaba por la calle, o se ofrecían a ayudarme para llevar la maleta, al principio pensé que me conocían y por eso me saludaban. Cuando en una reunión una persona de muy alto nivel me invitó, saltándose el protocolo, a cambiarme de sitio si lo deseaba porque quizá el sol me hacía daño en los ojos, comprendí que se interesaban por mí, aunque no me conocieran; que se interesaban por mí como persona, pensaban en mí.

Tampoco en China esto es misión imposible, porque se trata de hombres, de personas. Me dio mucha luz ver un *cassette* preparado por una escuela de turismo en Macao que es también uno de los proyectos subvencionados por la Unión Europea. El slogan de la escuela es “hacer felices a los demás”, y lo hacen a través del servicio en los hoteles o actividades hoteleras. Allí se ven jóvenes

⁵ Cfr. *Forja*, 861.

riendo a carcajadas, pasándoselo bien, mientras intentan hacer felices a la gente. En China continental, no recordaba haber visto reírse así a nadie. Pero esas chicas y esos chicos de Macao son también chinos, simplemente están pensando en los demás. En una visita al proyecto, tuve ocasión de comprobar que la risa era auténtica y, como tal, hasta contagiosa.

Estos son pequeños ejemplos que ilustran esta convicción que considero otra de las claves del desarrollo: la persona, el individuo, y el pensar en él como tal, está en la base de la cooperación.

Gracias a proyectos de la Unión Europea, China está haciendo más flexible su política de natalidad y ha incluido la propiedad privada en su constitución. He procurado no desaprovechar nunca la ocasión de predicar aquello de lo que estoy convencida, gracias a las enseñanzas del Beato Josemaría: el valor y la dignidad de cada hombre.

4. EL BEATO JOSEMARÍA EN LA MALETA

El Beato Josemaría no sólo me ha dado luz sobre las claves del desarrollo, sino que también me ha acompañado literalmente en los viajes profesionales en los que he preparado los proyectos de desarrollo.

La explicación es sencilla: con ocasión de mi paso por Roma durante un viaje profesional, el actual Prelado del Opus Dei me hizo saber que deseaba verme. Su mensaje fue el siguiente: cuando vayas por esos países en los que no hay personas del Opus Dei, el Beato Josemaría va contigo de una forma muy especial: lo llevas en la maleta. Y si tienes ocasión de hablar con autoridades eclesiásticas del país, explícales que has ido a ese país como funcionario de la Comisión Europea para ayudar al desarrollo del país, pero diles también que lo haces con afán de servir y por razones sobrenaturales, como fiel que eres del Opus Dei. Así, esas personas conocerán el Opus Dei de una forma que es propia a su espíritu: por el trabajo de sus fieles.

Así lo hice desde entonces. Qué alegría comprobar que en pleno Pekín el obispo me decía: ¡El Beato Josemaría [...]! ¡Si es ya el gran amigo de mis feligreses! Y en efecto, llamó a unos cuantos que salían de la catedral en ese momento, que dieron muestras de reconocer con alegría a ese santo de la estampa que tenía en la mano. Lo mismo me sucedió en Bangkok, donde un grupo de jóvenes se pusieron a rezar a coro la oración de la estampa inmediatamente después de dársela; o en Hanoi, donde grupos de gente modestísima, que asistían a Misa a las cinco de la mañana, se llevaban la estampa con un gesto de agradecimiento, a pesar de que no entendían la lengua en la que estaba escrita; o en la Catedral de Rabat donde un sacerdote describe el Opus Dei como “gente fiel al Señor”.